

IN WICKLOW AND WEST KERRY, JOHN MILLINGTON SYNGE, 1912

Hoy, día festivo, he llegado a la Gran Blasket con un maestro y dos hombres jóvenes del pueblo que venían solo a pasar la tarde. El día era extraordinariamente despejado, con el may el cielo azules, y el viaje en la gran canoa -llevaba dos o tres años sin viajar en una- me provocó un placer indescriptible. Pasamos Dunmore Head y luego mantuvimos rumbo al oeste hacia la Gran Blasket. La altura de las montañas que rodean la bahía y las rocas afiladas diferenciaban singularmente al lugar de los estrechos que rodean Arán, donde viajé por última vez en *curragh*. Como es costumbre, tres hombres remaban -el hombre en cuya casa me había alojado, su hijo y un vecino alto, todos vestidos con jerseys azules, pantalones tejidos en casa y camisa, hablando solo en irlandés, aunque mi anfitrión sabía hablar buen inglés cuando quería. Según nos acercamos a la Isla, que parecía elevarse como una montaña directamente desde el mar, divisamos un gentío con sus ropas de días de fiesta de pie o sentados en el borde del acantilado observando nuestra llegada, y justo tras ellos un grupo de casitas con tejados de fieltro alquitranado. Un poco más tarde doblamos hacia una cala entre rocas, donde desembarqué en una rampa, para después subir con dificultad un camino zigzagueante empinado hasta lo alto del acantilado, donde la gente se arremolinaba a nuestro alrededor y daba la mano a los hombres que habían venido conmigo.

Esta casita en la que me voy a quedar es una de las que se encuentra en la parte más alta y según íbamos subiendo hacia ella por pequeños senderos entre las demás casitas, salían muchos perros blancos, que se asemejaban a lobos, y ladraban con furia. Mi anfitrión se había adelantado con mi equipaje y cuando llegué al umbral de su casita, se acercó y me dio la mano de nuevo, para a continuación dedicarme unas palabras de bienvenida. Su hija mayor, una joven mujer casada de unos veinte años, que es quien lleva la casa, también me dio la mano y luego, sin preguntar si teníamos hambre, comenzó a preparar el té en una tetera metálica y a freír lonchas de beicon. Es una mujer pequeña de bonitas formas, con el pelo y los ojos marrones -en vez del pelo negro y los ojos azules típicos- y unos pies y tobillos delicados que no son habituales en estos sitios en los que tan duro es el trabajo de la mujer. Su hermana, que también vive en la casa, es una linda chica de unos dieciocho años, muy graciosa y animada.

El maestro contó muchos chistes en inglés e irlandés mientras la pequeña anfitriona nos servía el té; y luego la cocina se llenó de hombres y mujeres jóvenes -los hombres ataviados como corrientes pescadores, las mujeres con canesú estampado y coloridas faldas, que se diferencian poco de las ropas de Arán- y bailaron una polca, con una curiosa solemnidad, creando un torbellino de polvo. Cuando acabó ya había llegado la hora de que mis compañeros volviesen a tierra firme. Tan pronto como hubimos salido y comenzado a bajar hacia el mar, un gran gentío, compuesto por casi todos los hombres, mujeres y niños de la Isla, bajaron también, amontonados cerca de nosotros. Al borde del acantilado, los jóvenes y el maestro se despidieron de mí y bajaron el sendero zigzagueante, dejándome solo con los habitantes de la Isla al borde de la roca, donde había visto a la gente cuando nos acercábamos en la canoa. Me senté un buen rato observando cómo se alejaba la vela de la canoa hacia Dunquin y hablando con un hombre joven que había pasado algunos años en Ballyferriter y hablaba inglés bien. La

tarde era especialmente apacible y, después de un rato, cuando el gentío se hubo dispersado, subí entre las casitas por un caminito hacia el noroeste, entre algunos campos de patatas y hierbajos que parecían haberse dejado de cultivar no hacía mucho. Más allá de estos campos, giré una colina verde y afilada y de pronto salí a un borde cortado de un acantilado. El efecto era maravilloso. El Atlántico se encontraba justo debajo y pude ver las afiladas rocas de varias islas deshabitadas, a un milla o dos, Tiaracht más lejos y, a mi izquierda, todo el borde occidental de esta Isla curvándose hacia el oeste, con una superficie muy inclinada cubierta de brezo, de unos mil pies de altura. La visión completa de islas salvajes y mar era tan clara, fría y brillante como lo que se ve en sueños, y repleta de vida con la gloria extraordinariamente rigurosa que se halla en el carácter de este lugar.

Mientras caminaba sin rumbo fijo vi no demasiado lejos a muchos de los jóvenes habitantes, saltando y levantando una pesada piedra o compitiendo a la carrera sobre la hierba. Después aparecieron cuatro muchachas, que caminaban agarradas del brazo, y me hablaron en irlandés. Al poco comenzaron a reír en voz alta al percibir algunos signos que efectué para hacerme entender, y poco a poco se acercaron también los hombres, hasta que había una muchedumbre a nuestro alrededor. La tarde se iba volviendo más fría y pronto regresamos al pueblo y nos sentamos junto al fuego en la cocina el resto de la tarde.

A las once toda la gente se levantó al unísono y se marchó, dejándome con la pequeña anfitriona -el hombre de la casa se había ido a tierra firme con los jóvenes-, su marido y su hermana. Les dije que tenía sueño y listo para irme a la cama; así que la pequeña anfitriona encendió una vela, la llevó a la habitación que está después de la cocina, y la fijó a una de las columnas de la cama con algunas gotas de grasa. Después se quitó el mandil y lo abrochó en la ventana para hacer de persiana, puso otro mandil en el húmedo suelo de tierra para que yo pisase y me dejó solo. La habitación tenía dos camas, que iban de pared a pared con un pequeño espacio entre ambas, una silla que había traído la pequeña anfitriona, un viejo cepillo para el pelo que mantenía abierta la ventana, y nada más. Cuando llevaba un rato en la cama, escuché la voz de mi anfitrión en la cocina, y un momento más tarde entró con una vela en la mano y se disculpó por haber estado ausente mi primera tarde en la isla, sujetando la vela mientras hablaba muy cerca de mi rostro. Le dije que había estado entretenido gracias a su familia y sus vecinos y que apenas lo había echado de menos. Salió, y media hora después volvió a abrir la puerta con la cuchara metálica que sirve para levantar el cerrojo, y entró con un traje blanco fabricado en casa, y dijo que debía pedirme que le permitiese tumbarse en la otra cama al no haber otro lugar donde hacerlo. Le dije que era bienvenido, se metió en la otra cama y encendió su pipa. Después mantuvimos una larga conversación sobre este lugar, América y las generaciones más jóvenes.

"No se ha ahogado nadie en este isla," dijo, "en los últimos cuarenta años, y es algo asombroso, pues la vida es peligrosa. Había un hombre -el hermano del hombre con el que estuviste hablando mientras las chicas bailaban- que se casó con una viuda que tenía un pub al oeste de Ballydavid. Se encontraba pescando caballas y había logrado conseguir muchas; llenó demasiado su canoa, hasta el punto que casi entraba el agua por encima. Rompió una ola contra la canoa cuando estaban cerca de la costa y se hundió. Dos hombres llegaron a la costa

pero el hombre de esta Isla se ahogó, pues se le enredó el impermeable en los pies y se hundió donde estaba."

Después hablamos sobre las expectativas de la temporada de la caballa. "Si la temporada es buena," dijo, "nos irá bien; pero no es algo seguro. Pagamos cuatro libras por cada red, y a veces los cazones se meten dentro el primer día y la destrozan como si la hubieses cortado con un cuchillo. A veces las caballas mueren en la red y diez hombres tienen que subirlas a la canoa, de modo que si empieza a soplar el viento fuerte, tenemos que cortar la red y dejarla caer al fondo del mar. Cuando conseguimos pescar por la noche vamos a Dunquin y lo vendemos por la mañana; y, créeme, es peligroso cruzar el estrecho cuando llevas demasiada carga en la canoa. Cuando hace malo para cruzar, salamos el pescado nosotros mismos - tenemos que salarlo con pulcritud y ponerlo en barriles limpios- y el siguiente día de calma los compradores irán tras él en Dingle."

A continuación habló de la gente que emigra a América y de las generaciones más jóvenes que están creciendo en Irlanda.

"Los jóvenes no valen para nada," dijo. "Yo no soy igual de bueno que mi padre y mi hijo va camino de ser peor que yo." Después dejó la pipa sobre la columna de la cama. "Estarás cansado ya," continuó, "así que debemos dormir; y, le pido perdón, ¿cuál es su nombre?" Y se lo dije.

Después apagó la vela y nos dispusimos a dormir. A los pocos minutos pude oír que ya estaba dormido, y justo cuando yo empezaba a perder la noción de la realidad, se abrió la puerta de la casa y el hijo, un hombre de unos veinte años, entró y se dirigió a la habitación, con otra vela en la mano. Permanecí con los ojos cerrados y el joven no pareció muy contento con mi presencia, aunque me miraba con curiosidad. Cuando se hubo satisfecho, regresó a la cocina y bebió un trago de whisky y dijo sus oraciones; luego, después de merodear un tiempo y jugar con un pequeño perro cruce de galgo que parecía adorarlo, se quitó la ropa, trepó por encima de su padre y se tumbó en el extremo interior de la cama.

Me desperté sobre las seis de la mañana y poco después también se despertó el anfitrión y me preguntó qué tal había dormido. Luego quiso saber si bebía whisky; y cuando escuchó que sí, comenzó a llamar en voz alta a una de sus hijas. A los pocos momentos entró la chica más joven, se le cerraban los ojos de sueño, y ante la orden del anfitrión, cogió la botella de whisky, un poco de agua y un vaso verde de la cocina. Primero se acercó a mi cama y me ofreció un trago, luego hizo lo mismo con su padre y su hermano, nos entregó las pipas y el tabaco y volvió a la cocina.

Al mediodía iba a ver diversión en Ballyferriter y cuando hubimos hablado durante un rato le pregunté al anfitrión si le parecería bien que fuera allí. "Yo no lo haría," me dijo, "sería mejor que te quedases tranquilo en este lugar en el que estás; todos los hombres regresarán borrachos, peleándose y golpeándose en la canoas, y un hombre como tú, que no estás acostumbrado a nosotros, te asustarías. Además, si fueras con ellos, te llevarían a un pub, y luego a otro, hasta que quizás tú te emborrachases, y eso no sería algo apropiado para un caballero. Quédate aquí, en esta Isla, y estarás más seguro."

Cuando más tarde se levantó el hijo y comenzó a entrar y salir de la cocina, algunos de los vecinos, que ya habían entrado, me miraban con curiosidad mientras yacía en la cama; Después me levanté y entré en la cocina. La pequeña anfitriona comenzó a prepararme el desayuno, pero antes de terminar, enjuagó la masa que había en la cacerola en la que había estado amasando el pan, puso agua dentro y la colocó en una silla cerca de la puerta. Después comenzó a buscar entre las vigas del techo hasta que encontró un trozo de jabón, que colocó en el respaldo de la silla junto con una toalla, y me dijo que podía lavarme la cara. LO hice tan bien como me fue posible, entre toda la gente, y me sequé con la toalla, que era la que usaba toda la familia.

Parecía que la mañana podía volverse lluviosa y ventosa, así que seguí el consejo que me habían ofrecido y dejé que partieran las canoas sin mí. Después de dar un paseo por los acantilados, regresé a la casa para escribir algunas cartas. La pequeña anfitriona estaba fregando los cacharros del desayuno cuando llegué con mis papeles y plumas, pero me hizo un sitio en la mesa, extendiendo un viejo periódico para que escribiese sobre él. Un poco después, cuando hubo terminado de fregar, se dirigió a su lugar habitual en la esquina de la chimenea, no lejos de donde yo me encontraba sentado, se sentó en el suelo, se quitó las horquillas y comenzó a peinarse. Según terminaba cada carta tenía que decirle a quién iba dirigida y dónde vivían; y después tenía que decirle si estaban casados o solteros, cuántos hijos tenían, y adivinar cuántas libras podían gastar en un año y cuántos sirvientes tenían. Justo antes de terminar, la chica más joven regresó con otras tres o cuatro chicas, seguidas al poco por un grupo de hombres.

Les mostré algunas fotografías de las islas Arán y de Wicklow, a las que miraban entusiasmados. La pequeña anfitriona mostró un interés especial por dos o tres en las que aparecían bebés o niños en primer plano; y mientras colocaba sus manos en mis hombros, y se inclinaba para mirarlas, con la confianza tan propia de estos lugares, pude ver que compartía la pasión por los niños que tanto arraigo tiene en aquellas mujeres que son permanente y profundamente atractivas. Mientras le decía lo que sabía de los niños, observé cómo un hombre miraba con extraño asombro una vieja fotografía en la que aparecía yo hacía bastantes años en un paseo de los Jardines de Luxemburgo, donde había muchas estatuas en segundo plano. "Mira eso," murmuró en irlandés a una de las chicas, señalando a las estatuas; "en esos países hay gente desnuda por la calle."

Explicué que las figuras solo eran de mármol y entonces la pequeña anfitriona y todas las chicas también las examinaron. "Madre mía," dijo la pequeña anfitriona, "Is deas an rud do bheith ag siubhal ins an domhain mor." (Es hermoso viajar por el ancho mundo).

Por la tarde, subí a caminar por la estrecha cresta central de la Isla, hasta que alcancé el punto más alto, que se encuentra a casi tres millas al oeste del pueblo. Hacía un día gris y desapacible y había algo casi espantoso en la soledad del lugar. Podía mirar a ambos lados hasta llegar al brumoso borde del mar gris y más allá podía ver muchas montañas lejanas, o extender la mirada más allá de Inishtooskert hasta la roca de Tearacht. Mientras estaba sentado en el pequeño montículo que marca la cima de la Isla - un montículo desguarnecido y atestado de conejos - comenzó a levantarse un espeso blanco de niebla por el sur, más allá de

la isla de Valentia, en la otra embocadura de la Bahía de Dingle. En cuanto lo vi, me apresuré a bajar de la cumbre en la que me encontraba para poder escapar de aquel peligroso lugar antes de que las nubes me alcanzasen. A pesar de darme prisa, no había caminado ni media milla cuando un banco de niebla me rodeó y en poco tiempo era incapaz de ver nada más que un velo gris de niebla y unas pocas yardas de hierba resbaladiza e inclinada. Todo aparecía distorsionado y magnificado hasta extremos increíbles; pero podía escuchar el gemido del mar a mis pies y sabía hacia dónde caminaba, así que conseguí encaminarme hacia el pueblo sin dificultad. En algunas partes, la Isla en su parte sur, tiene dentelladas en forma de cuevas estrechas y afiladas, y cuando se levantó un poco la niebla pude ver que había gaviotas y chovas picoteando la hierba, y parecían tan grandes como las vacas de Kerry o las ovejas negras de montaña. Antes de alcanzar la casa, la nube dio paso a un chaparrón y mientras entraba el agua goteaba desde mi sombrero. "Madre mía," dijo la pequeña anfitriona al verme, "Ta tu an-rhluc anois" ("Estás empapado"). Estaba sola en casa, y se oía su respiración, que denotaba algo parecido a una simple pomposidad, mientras fregaba los jarros y las tazas. Mientras bebía mi té un poco después, entró una mujer con tres o cuatro niñas - las niñas más hermosas que he visto en mi vida - que viven en una de las casitas cercanas. Intentaron conseguir que las niñas bailaran un reel todas juntas, pero la más pequeña escondió la cabeza entre la falda de la pequeña anfitriona. Finalmente, dos de las niñas bailaron con dos más crecidas, mientras una de ellas canturreaba. La pequeña anfitriona se sentó junto al fuego mientras bailaban, desplumando y destripando un cormorán para la cena, y gritando a las niñas cuando perdían el paso del baile.

Los domingos y días festivos por la tarde los hombres jóvenes y las muchachas se dirigen a un cabo de roca en el noroeste en el que hay una larga ladera de hierba, a bailar y divertirse; esta tarde he estado por allí con dos hombres, contándoles historias de fantasmas en irlandés según caminábamos. Cuando giramos la colina nos encontramos con un grupo de hombres tumbados en la hierba jugando a las cartas. Nos sentamos junto a ellos, y al poco vino un grupo de chicas y mujeres jóvenes y se sentaron a unos veinte pasos, al borde del acantilado, algunas vestidas con esos chales de color beige tan bonitos y que tanto abundan en el sur. Acababa de atardecer e Inishtooskert levantaba su contorno azul vaporoso sobre el rojo cielo. A los pies del acantilado brillaba en el mar una maravillosa luz plateada que ya, antes de llegar el otoño, era cortante, glacial y gélida. El pequeño grupo de hombres con abrigo azul que yacía sobre la hierba, y el grupo de chicas un poco más alejado, creaban un peculiar efecto en esta soledad de rocas y mar; y a pesar de su entusiasmo, sentí cierto pesar al sentir la total soledad y desolación de este lugar que ha proporcionado a sus gentes sus mejores cualidades.

Uno de los hombres jóvenes había sido arrojado de un coche hacía unos días en su vuelta a casa desde Dingle y su rostro seguía raspado, sangraba y era horrible mirarlo; pero las chicas parecían encontrarlo encantador y algunas iban a sentarse a su alrededor, acariciándole los brazos y la cara. Cuando terminaron de jugar a las cartas, les enseñé algunos trucos que practicarón entre ellos para gran diversión de las muchachas, hasta que los lograron todos. En el camino de vuelta al pueblo las chicas corrían desenfrenadas en el crepúsculo, volando y chillando sobre la hierba, o persiguiendo a los chicos jóvenes y derribándolos, si eran capaces, mediante un empujón o una zancadilla por sorpresa. Los chicos por su parte las cogían de una mano y las hacían girar cuatro o cinco veces para luego soltarlas. Ellas giraban ladera abajo

durante bastantes yardas, girando como peonzas, y manteniéndose en pie solo con mucho esfuerzo o pura suerte.

Cuando llegamos al pueblo, la gente se dispersó para cenar y en nuestra casita la pequeña anfitriona barrió el suelo y lo roció con arena que había traído en su mandil. Después llenó una vasija con agua, encendió la lámpara y se sentó junto al fuego para peinarse. Un rato después, cuando un grupo de hombres jóvenes hubo entrado como ya era habitual a pasar la noche, alguien dijo que una canoa estaba regresando del día de diversión. Salimos a la puerta, pero estaba demasiado oscuro para ver nada excepto las luces de un pequeño barco de vapor que atravesaba el estrecho, casi debajo de nosotros, camino de Limerick o Tralee. Una vez hubo pasado, pudimos escuchar un furioso alboroto de borrachos que provenía de una canoa que se encontraba en algún lugar de la bahía. Sonaba como si los hombres se estuviesen estrangulando o matando y parecía milagroso que pudiesen manejar la canoa. La gente parecía pensar que no corrían ningún peligro fuera de lo normal, y volvimos a sentarnos junto al fuego para hablar de cerveza negra y whisky (nunca he escuchado a estos hombres hablar de nada más de media hora sin alguna alusión a la bebida), debatiendo cuánto podría beber un hombre al día sin forzar, si es mejor beber cuando se tiene sed o en cualquier momento, y qué comida casa mejor con la cerveza negra. Luego me preguntaron cuánta cerveza podía beber y les respondí que podía beber whisky, pero que la cerveza negra no es de mi gusto, y solo tomaría una o dos pintas muy de vez en cuando, cuando tenía sed.

"Las chicas se están riendo por lo que has dicho," dijo un anciano; "pero el whisky es una bebida más suave, y yo lo prefiero, y cualquier anciano diría lo mismo." Un poco después entraron algunos hombres jóvenes, con sus ropas de domingo, y nos contaron qué tal les había ido en Ballyferriter.

Esta mañana ha llovido con fuerza y el anfitrión sacó unas redes y comenzó a trabajar con su hijo y su yerno, reparando muchos agujeros provocados por los cazones, pues la temporada de la caballa comenzará en breve. Mientras trabajaban la cocina se vaciaba y llenaba una y otra vez según entraba y salía gente, hablando del tiempo y la temporada de pesca. Después empezaron a cortarse el pelo unos a otros, sentándose con un impermeable alrededor en un taburete junto a la puerta. Algunos hombres entraron para afilar sus navajas con el suavizador del anfitrión, que parece ser el único que hay en la Isla. No me había afeitado desde mi llegada, de modo que al cabo de un rato la pequeña anfitriona me preguntó si quería afeitarme antes de cenar. Le dije que sí, así que me trajo agua en un plato y lo puso en una silla; luego su hermana me trajo un pequeño trozo de espejo roto y lo colocó en un clavo junto a la puerta, donde había cierta luz. Me puse manos a la obra y mientras estaba de espaldas a la gente pude ver una veintena de ojos en el espejo, mirándome atentamente. "Ahora estás mucho mejor," dijo el anfitrión cuando hube terminado; "y cuando quieras dejarte barba, Dios te bendiga, ciertamente que será una barba poblada."

Cuando bajaba por la tarde de la cresta de la Isla, donde solía pasar gran parte de mi tiempo observando la riqueza del Atlántico a un lado y los grises tristes o resplandecientes de la Bahía de Dingle al otro, se me unieron dos mujeres jóvenes y regresamos juntos. Justo fuera del

pueblo nos encontramos con una anciana que se detuvo y se burló de nosotros: "Bueno, vaya suerte que tienes esta noche, forastero," dijo, "de estar caminando en compañía de mujeres."

"Vaya que sí," respondí; "¿no es cierto que no hay nada mejor que hacer en todo el mundo?"

Vi a la pequeña anfitriona barriendo el suelo en la puerta de nuestra casa, así que bajé hasta el tejado de la casita y miré por encima de los tejados de la aldea hacia el Sound, donde la corriente corría con fuerza desmedida. A los pocos minutos la pequeña anfitriona se aproximó y se quedó junto a mí - pensaba que no debería quedarme solo después de que el polvo me hubiese alejado - y le pregunté muchas preguntas sobre los nombres y el parentesco de la gente que estoy empezando a conocer.

Después, cuando gran parte de la gente se hubo reunido en la cocina, los hombres me hablaron de sus langosteras que llegan desde Southampton y cuestan media corona cada una. "Con buen tiempo," dijo el hombre que me estaba hablando, "a menudo pueden durar tres meses; pero si llegan las tormentas a veces se rompen al cabo de una semana o dos. Con todo, es buen negocio; y vendemos langostas y cigalas cada semana de la temporada a un bote que viene de Inglaterra o a otro que viene de Francia, como verás antes de marcharte."

Les conté que había estado varias veces en Francia, y uno de los muchachos comenzó a recitar los números en francés para mostrarme lo que había aprendido de los que les compraban el género. Un poco después, cuando la conversación comenzaba a perder ritmo, me giré hacia un hombre joven que se encontraba junto a mí - el mejor violinista, según me dijeron, de toda la Isla - y le pedí que nos tocara un baile. Se disculpó diciendo que no iría a por su violín; pero dos de las chicas se escabulleron y se lo trajeron. El joven lo afinó y me lo ofreció., pero yo insistí en que debería comenzar él. Tocó una o dos melodías, sin matices, pero con una buena entonación y ritmo. Cuando llegó mi turno, también toqué algunas canciones; pero el tono era tan bajo que no pude hacer lo que quería, y no tuve mucho éxito entre la gente, aunque el violinista me observaba con interés. "Eso es tocar bien," dijo cuando hube terminado; "y nunca he visto a nadie que haga lo que haces tú, moviendo la mano y consiguiendo el sonido con toda la extensión del arco." Luego tocó una polca que bailaron cuatro parejas. las mujeres, como es habitual, estaban descalzas, y siempre que llegaba algún paso solo para ellas, se producía un curioso silencio y un golpeteo de pies descalzos, hasta que las fuertes pisadas y los pies arrastrándose de las botas de los hombres intervenían de nuevo. El remolino de música y baile en esta pequeña cocina despertaba en mí un efecto extraordinario. La bondad y el regocijo de estas gentes que, como se sabe, están llenas de peleas, dureza y audacia, tienen ciertas cualidades y atractivo que no se hallan presentes en la vida en la ciudad, y le hace a uno recapacitar sobre la vida que se refleja en las baladas escocesas.

Después del baile, el anfitrión, que ya había llegado, cantó unas extensas coplas en inglés acerca de un sabio pobre que fue a Maynooth y tuvo mucho éxito con sus estudios, recibiendo las alabanzas del obispo. Cuando regresó a casa en vacaciones, una mujer joven que tenía muchas riquezas le invitó a entrar en su salón y le dijo que no ser sacerdote era una vida

apropiada para un apuesto joven, siempre recitando la Misa a los pobres, y que tenía derecho a renunciar y a casarse con ella. Él rechazó su ofrecimiento y regresó a la universidad. Cuando se hubo marchado, ella acudió al juzgado enfurecida, y juró que la había seducido y la había abandonado con un hijo. Tuvo que volver al juicio, y estaba a punto de ser condenado y ahorcado cuando llegó un hombre montando a caballo y afirmó ser el amante de la dama y el padre de su hijo.

Luego me hablaron de un hombre de ochenta años, que va a pasar el invierno él solo en Inishvickillaun, una isla que se encuentra a seis millas de este pueblo. Su hijo fabrica canoas y otras labores de carpintero en esta Isla, y los otros hijos se han ido marchando de aquí; pero el anciano se niega a dejar la isla en la que pasó su vida; de modo que lo han dejado allí con una cabra, una bolsa de harina y una pila de turba.

Acabo de estar con el tejedor, observando su telar y demás aparejos. El anfitrión me llevó a su casita en la cima del pueblo, donde algunos hombres jóvenes estaban terminando el armazón de una canoa; y nos encontramos a su familia apiñados alrededor de una mesa baja en taburetes verdes con asiento de cuerdas, terminando la cena de patatas. Algo después, el viejo tejedor, que parece pálido y enfermizo comparado con los demás habitantes de la Isla, me llevó a una especie de cobertizo en el que se respiraba humedad, donde se encontraba su telar. Me mostró cómo funcionaba y después sacó algunas cosas que había fabricado. Al principio me sorprendió el color marrón claro de algunas pero me explicaron que era lana seleccionada de las ovejas negras o moteadas que son típicas de aquí, y tienen tantos colores distintos que se pueden obtener muchas tonalidades grises o marrones de su lana. A veces se hila aquí la lana para hacer franela; a veces se lleva a las mujeres de Dunquin, que la hilan como mucho a cambio de una libra. Después se teje, y finalmente el género se manda a un molino de Dingle para que lo limpien y terminen de arreglarlo antes de pasárselo a un sastre de Dingle para que les haga la ropa. Dicha tela no es barata pero es de magnífica calidad y resistente. Cuando salí de la casa del tejedor, una pequeña barca de pesca con vela estaba anclada en el Sound, y alguien que iba a bordo estaba haciendo sonar un cuerno. Me dijeron que era el bote francés, y mientras regresaba a casa pude ver muchas canoas dirigiéndose apresuradas hacia allá con sus cargamentos de langostas y cangrejos.

He abandonado ya la Isla. Caminé por los acantilados por la mañana, después empaqueté mi bolsa en la habitación, mientras muchas chicas metían la cabeza en la pequeña ventana, para decir que era una verdadera lástima que no me quedase otra semana o dos. Luego los hombres se llevaron mi bolsa bajo un fuerte chaparrón y esperé un minuto o dos mientras la pequeña anfitriona untaba con mantequilla algo de pan para que almorzase, y lo envolvió con un limpio pañuelo suyo. Después me despedí de ellos, y comencé a bajar al muelle con tres chicas, que venían conmigo para ver que no me perdiese en los innumerables caminitos. Seguía lloviendo con fuerza, así que les dije que se pusieran mi chubasquero, que ellas llevaban, encima de sus cabezas. Así lo hicieron, con gran placer, y corrieron delante de mí camino abajo, para mayor regocijo de los habitantes de la Isla. Había mucha gente en lo alto del acantilado para despedirme y desearme un buen viaje.

El viento nos era favorable, así que los hombres recogieron los remos después de un cuarto de milla y se tumbaron en el fondo de la canoa, mientras un hombre desplegaba la vela y el anfitrión gobernaba el bote con un remo a modo de timón. En Dunquin, el anfitrión me consiguió un carromato sin ballestas, me besó la mano a modo de despedida, y me alejé.

Fernando Garzón

islas-blasket.webnode.es